

que nunca lo haya sido, se entregará con inaudito cinismo á toda suerte de iniquidades. El número de tráfugas será tal, que la Ciudad del bien quedará casi desierta, en tanto que la del mal tomará proporciones colosales. Por tercera vez, el hombre se hará carne. El Espíritu del Señor se retirará para no volver; y un diluvio abrasará la tierra, mil veces más culpable, porque será mil veces más ingrata, que la de los paganos y los gigantes (1).

La esclavitud, la afrenta, el castigo; estos son los tres baluartes, que tiene que franquear el hombre para salirse de la Ciudad del bien. Si á estos medios exteriores se añaden los auxilios y beneficios de todo género, que se prodigan á los venturosos habitantes de esta feliz Ciudad, ¿no hay derecho para creer que nadie querrá abandonarla? ¿Y la experiencia confirma esta conclusion? La historia nos lo va á decir.

1. Sicut enim erant in diebus ante diluvium... ita erit et adventus Filii hominis. *Matth.*, XXIV, 38, 39.

CAPITULO XIX.

HISTORIA RELIGIOSA DE LAS DOS CIUDADES.

SUMARIO.—El hombre, nacido para ser semejante á Dios y hermano del Verbo encarnado.—En la Ciudad del bien, la religion lo conduce á esta semejanza y fraternidad.—En la Ciudad del mal, la religion lo conduce á la semejanza y fraternidad de Satanás.—Paralelismo general de las dos religiones.—Tres puntos particulares de comparacion: la Biblia, el culto, el sacrificio.—La Biblia de Dios y la Biblia de Satanás: paralelismo.—El culto de Dios y el culto de Satanás.—En el culto satánico, lo mismo que en el divino, nada se ha dejado al arbitrio del hombre: testimonio importante de Porfirio.

El hombre hace su peregrinacion sobre la tierra entre dos ejércitos enemigos. Conocemos ya esos ejércitos formidables, sus reyes, sus príncipes, su organizacion, sus proyectos. Resta estudiar sus medios de accion, sus victorias y sus derrotas.

Nacidas en el cielo la Ciudad del bien y la del mal, no esperan más que la creacion del hombre, para establecerse sobre la tierra. En efecto, lo que se juega en el combate de entrambas es el hombre. Adán es criado; respira, aparece á la vista del universo con toda la magestad de su poder real. Adornado con todas las gracias de la inocencia y con todos los atributos de la fuerza, es hermoso con la hermosura del mismo Dios, cuya imágen resplandece en todo el sér del primer hombre. Para mantenerlo en su dignidad durante la vida temporal, y para elevarlo á otra más alta dignidad en la eternidad, se le da la religion. Unir el hombre al Verbo encarnado, de manera que de todos los hom-

bres y pueblos se hagan en cierto modo otros tantos Verbos encarnados; tal es el fin supremo de la religion.

Al ver desarrollarse en el mundo el plan divino, que habia combatido en el cielo, Satanás ruge. A fin de paralizar la obra de la sabiduría infinita, el odio infernal pone en juego todos sus recursos. A la religion que debe deificar al hombre y conducirlo á una bienaventuranza sin fin, opone una religion que lo reduzca á bestia y lo arrastre para siempre al abismo de la infelicidad. Todo lo que Dios hace por salvar al hombre, Satanás lo remeda para perderlo. El paralelismo entre estos medios de santificacion y de perdicion, es completo.

El Rey de la Ciudad del bien tiene su religion.

El Rey de la Ciudad del mal tiene la suya.

El Rey de la Ciudad del bien tiene sus ángeles, su Biblia, sus profetas, sus apariciones, sus inspiraciones, sus milagros, sus amenazas, sus promesas, sus apóstoles, sus sacerdotes, sus templos, sus fórmulas sagradas, sus ceremonias, sus oraciones, sus sacramentos, sus sacrificios.

El Rey de la Ciudad del mal tiene sus ángeles, su Biblia sus oráculos, sus manifestaciones, sus prestigios, sus tentaciones, sus amenazas, sus promesas, sus apóstoles, sus sacerdotes, sus templos, sus fórmulas misteriosas, sus ritos, sus iniciaciones, sus sacrificios.

El Rey de la Ciudad del bien tiene sus festividades, sus santuarios privilegiados, sus peregrinaciones.

El Rey de la Ciudad del mal tiene sus fiestas, sus lugares fatídicos, sus moradas favoritas.

El Rey de la Ciudad del bien tiene sus artes y ciencias, su música, su pintura, su estatuaría, su literatura, su poesía, su filosofía, su teología, su política, su economía social, su civilización.

El Rey de la Ciudad del mal tiene tambien todas esas cosas.

El Rey de la Ciudad del bien tiene sus signos de reconocimiento y de preservacion; la señal de la cruz, las reliquias, las medallas, el agua bendita.

El Rey de la Ciudad del mal tiene sus signos cabalísticos, sus contraseñas, sus emblemas, sus amuletos, sus talismanes, su agua lustral.

El Rey de la Ciudad del bien tiene sus asociaciones de propaganda y de piedad, formadas por solemnes votos.

El Rey de la Ciudad del mal tiene sus sociedades secretas, destinadas á extender su reinado y unidas con terribles juramentos.

El Rey de la Ciudad del bien tiene sus dones, sus frutos, sus beatitudes.

El Rey de la Ciudad del mal posee una parodia de todo esto.

El Rey de la Ciudad del bien es adorado por una parte del linage humano.

El Rey de la Ciudad del mal es adorado por la otra parte.

El Rey de la Ciudad del bien tiene su eterna morada al otro lado de la tumba.

El Rey de la Ciudad del mal tiene tambien la suya en las regiones del otro mundo.

Desenvolvamos algunos puntos de este paralelismo, tan temible como poco temido: la Biblia, el culto, el sacrificio.

El hombre es un sér enseñado. Para conservarlo eternamente semejante á sí mismo, eternizando la enseñanza primitiva, el Rey de la Ciudad del bien se dignó fijar su palabra por medio de la escritura: dictó la Biblia.

La Biblia del Espíritu Santo dice la verdad, siempre la

verdad, nada más que la verdad. La dice sobre el origen de las cosas, sobre Dios, sobre el hombre y sobre la creación entera. La dice sobre el mundo sobrenatural, sus misterios, sus habitantes, y sobre los brillantes hechos que prueban la existencia de los agentes sobrenaturales y su intervención en el mundo inferior. La dice sobre las reglas de las costumbres, sobre las luchas obligadas de la vida, sobre el gobierno de las naciones por la Providencia, sobre los castigos del crimen y las recompensas de la virtud. Para iluminar la marcha del hombre á través de los siglos, consolarle en sus dolores y sostenerlo en sus esperanzas, le anuncia en profecías numerosas los acontecimientos que deben realizarse á su paso por el mundo, mostrándole siempre y en todo el objeto final á que debe enderezar todos sus pasos.

La Biblia del Espíritu Santo dice toda la verdad. De ella, como de un foco siempre encendido, brotan la teología; la filosofía, la política, las artes, la literatura, la legislación, en una palabra, la vida en todas sus formas. Por muchos y muy variados que sean, todos los libros de la Ciudad del bien no son, ni pueden ser, sino el comentario perpétuo del Libro por excelencia. La Biblia del Espíritu Santo no solamente enseña; también canta. Canta las glorias y los beneficios del Criador; canta la belleza de la virtud y la ventura de los corazones puros; canta los nobles triunfos del espíritu sobre la carne; y para elevar al hombre á la perfección, canta las perfecciones del mismo Dios, su modelo obligado y remunerador magnífico.

Pues bien, conforme el Rey de la Ciudad del bien inspira su Biblia, el de la Ciudad del mal inspira la suya. La Biblia de Satanás es una mezcla artificiosa de muchas mentiras con algunas verdades: verdades alteradas y oscu-

recidas para que sirvan de pasaporte á la fábula. Miente sobre el origen de las cosas; miente sobre Dios, sobre el hombre, y sobre el mundo inferior; miente sobre el mundo sobrenatural, sus misterios y sus habitantes; miente sobre las reglas de las costumbres, sobre las luchas de la vida, sobre los destinos del hombre. Con los oráculos, de que van llenas todas sus páginas, engaña á la curiosidad humana, so pretexto de revelarle los secretos del presente y los misterios de lo porvenir.

A cada pueblo que está sometido á su imperio, Satanás le da un ejemplar de su Biblia, idéntico en el fondo, pero diferente en los detalles. Recorred todos los anales del mundo; no encontrareis una sola nación pagana, que no tenga por punto de partida de su civilización un libro religioso, una Biblia de Satanás. Mitologías, Libros sibylinos, Vedas, siempre y en todas partes tendreis un código que se suponga inspirado y dé origen á la filosofía, á las artes, á la literatura, á la política. La Biblia de Satanás es el libro clásico de la Ciudad del mal, como la Biblia del Espíritu Santo es el libro clásico de la Ciudad del bien.

La Biblia de Satanás añade á la prosa la poesía. Bajo mil nombres diferentes canta á Lucifer y á los ángeles caídos; canta sus infamias y su malicia; canta todas las pasiones; y para atraer al hombre al abismo de la degradación, le pone delante los ejemplos de los dioses. La Biblia de Satanás, objeto de infinitos comentarios, es un veneno mortal aun para la Ciudad del bien. San Agustín deplora los estragos que hace, y San Jerónimo al denunciar el libro infernal, viene á decir, que la filosofía pagana, la poesía pagana y la literatura pagana son la Biblia de los demonios (1).

1. Cibus est dæmoniorum, secularis philosophia, carmina poetarum, rhetoricorum pompa verborum. *Epist. de duob. filiis,*

El paralelismo de las dos ciudades no se limita á la enseñanza escrita ó hablada: se manifiesta de una manera, acaso más sorprendente, en los hechos religiosos. En la Ciudad del bien ningun detalle del culto queda al arbitrio del hombre: todo está arreglado por el mismo Dios. El Antiguo Testamento nos le muestra dictando á Moisés, no solamente las ordenanzas generales y los reglamentos particulares concernientes á los sacerdotes y á sus funciones; sino además dando el plan del tabernaculo, determinando sus dimensiones y su forma, indicando la naturaleza y calidad de los materiales, el color de las telas, la medida de las anillas y hasta el número de clavos que debian entrar en su construccion.

La forma de los vasos de oro y plata, los incensarios, las herramientas, las figuras de bronce, los utensilios sagrados, todo es de inspiracion divina. Lo mismo pasa respecto del lugar en que debe reposar el arca, de los dias en que se ha de consultar al Señor, de las precauciones que deben tomarse para entrar en el santuario, de las víctimas que deben ser inmoladas ó de las ofrendas que han de hacerse, para agradar á Jehová y obtener sus respuestas ó sus favores. (Exod. XXXV).

Lo que era una ley sagrada en la sinagoga, continúa siéndolo no ménos en la Iglesia. Nadie ignora, que todos los ritos del culto católico, la materia y forma de los sacramentos, las ceremonias que los acompañan, las vestiduras de los sacerdotes, la materia de los vasos sagrados, el uso del incienso, el número y color de los ornamentos, la forma general de los templos y su mueblaje esencial, lo mismo que los dias más favorables para la oracion, están determinados, no por los particulares, sino por el mismo Espíritu Santo, ó en su nombre por la Iglesia.

Se comprende fácilmente, cuán conveniente es este origen sobrenatural, para conciliar al culto divino el respeto de los hombres y evitar la anarquía en las cosas religiosas. Satanás lo ha comprendido mejor que nosotros. Este gran monarca de Dios ha determinado por sí mismo todos los detalles de su culto. Esto es lo que se necesita saber y no se sabe; puesto que, á pesar de nuestros años de estudio en la escuela de los Griegos y los Romanos, no conocemos la primera palabra sobre la antigüedad pagana. Los usos religiosos de estos, la forma de sus estatuas, la naturaleza de las ofrendas y de las víctimas, las fórmulas de orar, los dias fastos y nefastos, y todas las demás partes de los cultos paganos, se nos presentan como cosa de juglares, ó efecto nada más que de la imaginacion y el capricho de los hombres: este es un error capital. La verdad es, que nada de todo esto es arbitrario.

Oigamos al hombre que mejor que nadie conoció los misterios de la religion de Satanás. "Es cosa constante, dice Porfirio, que los teólogos del paganismo aprendieron en la escuela misma de los grandes dioses todo lo que concierne al culto de los idolos. Ellos mismos les enseñaron sus más ocultos secretos, las cosas que les agradaban; los medios de obligarlos; las fórmulas de invocarlos; las víctimas que se les hubieran de ofrecer y el modo de hacerlo; los dias fastos ó nefastos; las figuras bajo que gustaban de ser representados; las apariciones mediante las cuales revelaban su presencia; los lugares á que acudian con frecuencia. En una palabra, no hay absolutamente nada, que los hombres no hayan aprendido de los dioses, tocante al culto que les han de dar, y todo se practica conforme á sus órdenes y reglamentos (1)."

1. Neque tantum proprias instituti sui rationes, aut cætera,

Y añade: "Aunque yo podría probar lo que digo con una multitud de pruebas sin réplica, me limitaré á citar un pequeño número, para hacer ver, que no digo sino lo que sé muy bien. Así, el oráculo de Hecates nos pondrá de manifiesto, que los dioses enseñaron cómo y de qué materias deben hacerse sus estatuas. Este oráculo dijo: Esculpid una estatua de madera bien acepillada, como yo os lo voy á enseñar; haceis el cuerpo de una raíz de ruda silvéstre; despues la adornais de lagartillos domésticos; machacareis mirto, estoraque é incienso juntamente con algunos de esos animales, y esta mezcla la dejareis al aire durante el creciente de la luna: entonces haced vuestros votos en los términos siguientes:

"Despues de haber dado la fórmula de la oracion, el oráculo indica el número de lagartos que debian tomar: Cuan-
tas son las fórmulas diferentes que yo tengo, tantos reptiles de estos pondreis, y haced todas estas cosas con el mayor cuidado. Me construireis una morada de ramas de olivo borde; y dirigiendo á esta imágen fervientes oraciones, me vereis en vuestro sueño (1)."

El famoso teólogo del paganismo continúa: "En cuanto á las actitudes en que se debe representar á los dioses, ellos

quæ superius á nobis commemorata sunt, verum quibus ipsi rebus aut delectentur, aut vinciantur, imo quibus etiam cogantur, indicantur. Quibus item hostiis rem sacram fieri, quos dies cavere, quam in formam ac speciem simulacra configurari oporteat; quoniam ipsi ore habituque apareant, quibus in locis assidue sint. Denique nihil omnino est, quod non ab iis homines ita didicerint, uti ex eorum præceptis doctrinaque duntaxat solemnes postea in iis colendis ritus adhiberent. Apud *Euseb. Præpar. evang.*, lib. V, c. XI.

1. Ruce cum argumentis pluribus iisdemque certissimis illustrari possint, nos tamen é multis pauca modo proferemus, ne omni orationem hanc testimonio et auctoritate spoliata reliquisse videamur. *Id., ib.*

mismos nos las han dado á conocer, los estatuarios se han conformado religiosamente á sus indicaciones. Así Proserpina dice de sí misma: Haced todo lo que á mí me toca, inclusa mi estatua. Mi figura es la de Ceres, adornada de sus frutos con vestiduras enteramente blancas y calzado de oro. Al rededor del talle van largas serpientes, que llegando hasta el suelo, surcan mis huellas divinas. Desde el vértice de la cabeza me cuelgan otras serpientes, que enroscadas en mi cuerpo y llegando hasta los piés, forman espirales llenas de gracia. La estatua debe ser de mármol de Paros, ó de marfil bien bruñido (1).

El dios Pan enseña juntamente la forma en que quiere ser representado y el himno que en su honor debe cantarse, "Yo mortal dirijo mis votos á Pan, el dios que une las dos naturalezas: adornado de dos cuernos, bípedo, con patas de cabron, y propenso al amor (2).

No ha sido pues la Edad Media la que primero representó al demonio bajo la figura de un cabron, ó macho de cabrío. Al exigir esta forma, Satanás, por su voluntad ó por fuerza, se hacia justicia; así como al dársela el paganismo permanecia fiel á una tradicion, demasiado universal para que sea falsa, demasiado inexplicable para que fuera inventada. El mismo Espíritu Santo lo confirma, enseñándonos que los demonios acostumbran aparecer y ejecutar danzas infernales bajo la figura de este animal inmundo. Por causa de estos crímenes, el pais de Edom fué entregado á la devastacion. "Y entre sus ruinas danzan los de-

1. Jam vero, quænam præterea simulacri configurandi ratio esse debeat, ita tradiderunt, ut eam in statuendis imaginibus fictores postea diligenter expresserint. Apud *Euseb. Præpar. evang.* lib. V, c. XIII.

2. Pan ejusmodi quoque de seipso hymnum edocuit: Oro mortalis satus Pana cognatum deum, bicornem, bipedem, hircino crure, lascivientem. Et quæ sequuntur. *Id., ib.*

monios en figura de machos de cabrío y de otros monstruos conocidos de la antigüedad pagana." (1)

El remedo satánico va más lejos todavía. El Rey de la Ciudad del bien se llama *Espíritu de los siete dones*. A fin de remedarlo y con esto engañar á los hombres, el rey de la Ciudad del mal se hace llamar también el *Rey de los siete dones*. Además, indica los días favorables para invocar á sus siete satélites principales, ministros de los siete dones infernales. Remedando Apolo en sus oráculos las formas bíblicas, habla así: "Acuerdate de invocar al mismo tiempo á Mercurio y al Sol en el día consagrado al Sol; después á la Luna en su día propio; luego á Saturno; finalmente á Venus. Emplearás las palabras misteriosas encontradas por el más grande entre todos los magos, el *Rey de los siete dones*, muy conocido de todos. . . siempre llamarás por siete veces en alta voz á cada uno de los dioses (2)."

1. Et occurrent dæmonia onocentauris; et pilosus clamabat alter ad alterum. *Is.*, XXIV, 14.—"Pilosi sunt iidem dæmones, specie hircorum hirsuti, quos vetustas Faunos et Satyros dixit: unde Chald. vertit: *Dæmones inter se colludent.*" *Conr. á Lap.*, *ibid.*—Las danzas mundanas, dicen los Padres de la Iglesia, son hijas de las danzas de los demonios. *Gaudent et assistunt choreis dæmones.* Unde Conrardus Clingius, *de locis theolsg.*, c. de *Chorea*. *Chorea est ut circulus, cujus centrum est diabolus, circumferentia omnes angeli ejus; et Basilius tradit saltationes didicisse hominis á dæmonibus.* *Ibid.*

San Agustín es del mismo parecer de Porfirio: "Neque enim potuit, nisi primum ipsis docentibus, disci quid quisque illorum appetat, quid exhorreat, quo invitetur nomine, quo cogatur; unde magicæ artes earumque artifices existerunt. *De civit. Dey.* lib. XXI, c. 6, n. 5. Ludi scenici, spectacula turpitudinum et licentia vaniatium, non hominum vitii, sed Deorum vestrorum jussis Remæ instituti sunt. *Ibid.* lib. I, c. XXXII.

2. Mercurium ac Solem simul appellare memento,
Luce sacra soli; tum Lunam ubi veneri ejus
Nota dies, Saturnum exi, Natamque Dione,
Vocibus arcanis, quas maximus ille magorum,

Fácil sería multiplicar los testimonios; más ¿para qué? Los que saben, ya los conocen. Mejor es concluir ya, diciendo con Eusebio: "Con citas de estas el filósofo exímio y teólogo singular de los Griegos é intérprete de sus misterios ocultos, dió á conocer la filosofía de los oráculos como comprensiva de las enseñanzas secretas de los dioses; cuando lo que verdaderamente pone de manifiesto no son más que las asechanzas, que los demonios mismos ponen á los hombres con sus malignas artes y astucia (1)."

La inspiración satánica, á la cual se debe en su conjunto y en sus más pequeños detalles la religión pagana de los pueblos de la antigüedad, prescribe con la misma autoridad y reglamenta con idéntica precisión los cultos idolátricos de los pueblos modernos. Preguntad á los sacerdotes, ó como se dice hoy, á los *mediums*, que presiden á esas diferentes formas de religión: todos os dirán, que vienen de los espíritus, de los manes ó de algun personaje amigo de los dioses y encargado de revelar á los hombres la manera de honrarlos: y en esto no mienten. Satanás es siempre el mismo, y reina en esos pueblos desventurados, con el mismo imperio que en otros tiempos tuvo en estas mismas tierras que nosotros habitamos.

Así, las fórmulas sagradas de los habitantes del Thibet, de los Chinos, de los negros del Africa, de los salvajes de

Septisonæ dominus reperit, notissimus idem
Omnibus. . .

Magna quemque deum, ac septena voce vocabis.

Id., *ib.* XIV.

1. Hæc ila sunt, iisdemque genuina, quibus oraculorum philosophiam, quasi arcana deorum responsa continentem, eximius Graecorum philosophus, idemque teologus singularis, ac reconditorum mysteriorum interpres illustravit, seu verius insidias ab scelerata daemonum arte ac versutia, hominum generi comparatas palam enuntiavit. *Id.*, *ib.*

América y Oceanía, sus ritos misteriosos, sus prácticas sucesivamente vergonzosas y crueles y ridículas, la distinción de días buenos y malos, igualmente que la forma extraña, fea, horrible ó lasciva de sus ídolos, no deben imputarse á la malicia natural del hombre, ni al capricho de los sacerdotes, ni á la imaginación ó impericias de los artífices. (1) Todo viene de sus dioses, y todos sus dioses son demonios: *Omnes dii gentium daemonia*. Dios lo ha dicho. (Ps. xcvi).

1. ¿Quién creará, que, por ejemplo, los Chinos, por más chinos que se les suponga, no podrían representar á sus dioses más que con ridículos figurones ó ídolos monstruosos? "En China, escribe un misionero, el ídolo principal es ordinariamente de un grandor prodigioso, con la cara hinchada, el vientre desmesuradamente grande, larga barba postiza y otros aditamentos del mismo jaez Encontramos en una pagoda varios ídolos de 12 piés de altura, cuyo vientre tenia por lo ménos 18 piés de circunferencia." *Annál. &c.* n. 72, p. 481; n. 95, p. 341.—Lo mismo puede decirse de todos los pueblos idólatras, antiguos y modernos.

CAPITULO XX.

(CONTINUACION DEL ANTERIOR).

SUMARIO.—El sacrificio: es el acto religioso más significativo y el más inexplicable.—Comprende dos misterios; un misterio de expiación y otro de renovación: un misterio de muerte y otro de vida.—Tristeza y alegría; dos caracteres del sacrificio.—Manifestaciones de la alegría; danzas, cantos, festines.—Triple manducación de la víctima.—Parodia satánica de todas estas cosas.—Como el Rey de la Ciudad del bien, también el de la Ciudad del mal exige sacrificios.—Determina su materia y todas las circunstancias; nuevo testimonio de Porfirio.—En odio al Verbo encarnado manda el sacrificio del hombre.—Paralelismo: el Chivo emisario de los Judíos y las Thargelias de los Griegos.—Los mismos sacrificios entre los pueblos paganos, antiguos y modernos: testimonios.

Entre todos los actos religiosos el sacrificio es, sin disputa, el más significativo y á la vez el más inexplicable.

El más significativo.—Ninguno ensalza tanto la gloria de Dios; porque ninguno proclama tan elocuentemente su soberano dominio sobre la vida y la muerte de todo lo que existe. Por esto, así en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, el Señor se reserva el sacrificio para sí solo: por esto hiere con sus rayos al temerario que osara atribuírselo á sí mismo ó á otro cualquier sér (1); por esto no disimula el placer misterioso que tiene en el olor de las víctimas; por esto, en fin, exige sacrificios perpétuamente (2).

El más inexplicable.—Ninguno revela más evidentemente

1. Qui inmolat diis occidetur, præterbuam Domino soli *Exod.*, XX, 20.

2. Véase la mayor parte de los capítulos del Levítico y de los Números.